

## TRABAJO DIGNO Y PARO

En el año 2013, en su discurso a la Fundación “Centesimus Annus Pro Pontífice”, el Papa Francisco nos decía:

*“El fenómeno del desempleo, de la falta y pérdida de trabajo, va extendiéndose como una mancha de aceite por amplias zonas de Occidente y dilatando de manera preocupante los límites de la pobreza. Y no hay peor pobreza material, me importa mucho subrayarlo, que la que no permite ganarse el pan y priva de la dignidad del trabajo”.*

El desempleo no es un problema coyuntural fruto de la crisis económica, sino que está instalado en nuestro sistema de organización social.

Queremos tener presentes hoy a quienes sufren la alienación del desempleo: jóvenes que no consiguen incorporarse al mercado laboral, lo que les impide ser protagonistas de su propia vida, o que a pesar de años de formación, han de buscar un empleo fuera de su entorno.

También tenemos presente a las personas que tras varios años de vida laboral, han perdido su empleo y no consiguen, a pesar de grandes esfuerzos, volver a trabajar; a las mujeres, a los emigrantes, los colectivos más castigados por el desempleo, sin prestaciones, sin perspectivas, sin presente ni futuro.

Y qué decir, del drama que supone la enorme cantidad de familias en nuestro país en la que todos sus miembros están desempleados, condenados por esta sociedad a la pobreza y la exclusión.

El trabajo va más allá del empleo remunerado, nos dignifica como seres humanos, nos permite participar de la obra creadora de Dios, nos humaniza. Por eso, el paro supone no sólo la negación del derecho a una vida digna, sino que además niega una parte fundamental de nuestro ser personas.

La HOAC, como Iglesia encarnada en el mundo obrero, denunciaremos a una sociedad que no garantiza el acceso de cada persona a un empleo digno, y pedimos a los y las responsables políticos que desarrollen políticas activas de empleo digno, necesitamos reformar las empresas para que sean realmente instrumentos al servicio del trabajo humano y las necesidades sociales

Nos unimos a los sindicatos en su lucha por un empleo de calidad, pedimos que nuestra Iglesia sea solidaria con los empobrecidos del mundo obrero; y a la ciudadanía para que creemos las condiciones necesarias para que cada persona, y todas las personas, tengan garantizado el acceso a un empleo digno, que permita cubrir sus necesidades materiales, culturales y espirituales posibilitando el proceso de humanización que Dios quiere.